



REVISTA DEL ÁREA DE CIENCIAS SOCIALES DEL CIFYH

ISSN 2618-4281 / Nº 12 - Año 2023 / [revistas.unc.edu.ar/index.php/etcetera/](http://revistas.unc.edu.ar/index.php/etcetera/)

#ENSAYANDO

## **Herencia y revolución: notas para pensar una época**

**Dra. Lucía Vinuesa**

*lucivinuesa@gmail.com*

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales  
Universidad Nacional de Rosario  
Rosario – Argentina

CORRECCIÓN LITERARIA  
Colectivo Editorial Revista Etcétera

Recibido: 15 de febrero de 2023 / Aprobado para publicación: 25 de abril de 2023



Copyright © 2018 Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

**Resumen**

A lo largo de estas páginas, realizamos un ejercicio de reposición de un problema central de nuestra historia reciente. Hacemos referencia al modo en que se pensó la idea de revolución tras el fin de la dictadura cívico y militar argentina, y la consolidación del régimen político democrático de gobierno. Para reconstruir este período, recurrimos especialmente a la figura de Horacio González, que constituyó una voz privilegiada en la conversación infinita que se tejió desde la década de 1980, bajo la forma del ensayo, y en el campo del pensamiento crítico nacional y popular.

**Palabras claves**

Democracia, Revolución, Época, Herencia

**Abstract**

Throughout these pages, we undertake an exercise in repositioning a central problem of our recent history. We refer to the way in which the idea of revolution was thought of at the end of Argentina's civil and military dictatorship, and the consolidation of the democratic political regime of government. In order to reconstruct this period, we turn especially to the figure of Horacio González, who constituted a privileged voice in the infinite conversation that was woven since the 1980s, in the form of the essay, and in the field of national and popular critical thought.

**Keywords**

Democracy, Revolution, Era, Heritage



# Herencia y revolución: notas para pensar una época

LUCÍA VINUESA

## El concepto de una época nueva

Avanzada la segunda década del siglo XXI, la pregunta por la revolución parece anacrónica y superada. Diferente fue el período que inaugura la década de 1980, cuando, desde el campo del pensamiento crítico de las ciencias sociales y humanas, así como en los ámbitos de militancia social y política, se enredaron en cuánto había de realizado y de superado de cada experiencia revolucionaria. A su vez, de la misma como promesa del porvenir, desde principios del siglo XX, inaugurado por la Revolución Rusa de 1917, hasta finales de siglo con la sentencia de su fracaso junto al de los socialismos existentes.

Hace cuatro décadas, Argentina volvía a ser un país regido por un sistema político democrático. En los años que siguen, tuvieron lugar una serie de discusiones en torno a cómo pensar las décadas pasadas, especialmente la de 1960 y las experiencias militantes que bregaron por una transformación política y social revolucionaria. Lejos de aglutinar en torno a sí la atención de la academia y de la Ciencia Política, estos debates se tornaron cada vez más marginales. En lo concreto, quedó en manos de unos pocos intelectuales que podríamos identificar dentro del campo del pensamiento crítico nacional y popular.

Allí encontramos algunos hilos de los cuales tirar para resignificar el pasado reciente a partir de dos acontecimientos concretos, como fue la dictadura y la transición a la democracia, para pensar cómo se nombra una época, qué hace un tiempo con la política y qué hace la política con el tiempo, y, principalmente, qué fue del proyecto de transformación social y política por la vía revolucionaria que

otrora supo organizar el campo de la política y los lenguajes políticos. En *El peronismo fuera de las fuentes*, Horacio González escribe “recordar el pasado es vivir dentro de un concepto” (2008: 11). En este caso, el concepto en el que se encuentra González escribiendo es el de los “años de democracia”:

En el ciclo transcurrido en este cuarto de siglo se empleó a menudo la expresión *democracia* como un concepto englobante, que se refería por oposición a su par complementario, la *dictadura*. Significaba un sustantivo rápido que repartía la historia en dos y comprendía en el hemisferio recobrado todo lo que uniformemente pertenecía a la *vida buena, plausible* (2008: 7).

González no elude los términos que impuso el concepto de democracia en el tiempo inaugurado en 1982. Argumenta que, como categoría, debía dar cuenta de las persistencias del núcleo profundo de mutaciones que la sociedad argentina había “protagonizado ahogadamente, tocada por el miedo y la sorda pedagogía de las tinieblas, que no podían dejar de estar ocultamente presentes en la nueva etapa” (2008: 7), así como debía seguir el rumbo de un rápido plumazo político al enunciar la idea de transición, dirigirse de la dictadura al imperio conquistado por las instituciones representativas. Como vemos, hay en González una insistencia en detenerse en el término de democracia, pero no para pasar rápidamente al análisis institucional del mismo en tanto régimen político, sino para reparar en las mutaciones de un cambio de época.

Para apreciar el modo en que González problematizó la serie conceptual que se compone de los términos de *época, herencia y revolución*, resulta interesante recordar que su gran tema, aquel que en cierto modo define su obra, fue el peronismo. No sólo como experiencia histórica y sociológica, y mucho menos como figura política. Como explica Eduardo Rinesi en el estudio preliminar de *El idioma de la crítica* (2022), González resiste y protesta frente a la reducción sociológica del peronismo predominante en la sociología argentina de las décadas de 1960 y 1970, especialmente por las consecuencias políticas de esa lectura que, al ubicar su atención en la explicación gramsciana de la complejidad de las sociedades modernas, obliga a “dejar de lado las formas más crédulas de la pregunta por la toma por asalto del poder corría el riesgo de desembocar en un pluralismo

resignado y finalmente complaciente con las formas existentes de dominio y opresión, de *hegemonía*” y, punto en el que nos detenemos: “en un abandono de la pregunta por las condiciones de la revolución” (Rinesi, 2022: 21). De la mano del peronismo, González hace de esta pregunta un faro que, sin olvidar el pasado ni sustraerse del presente, compromete aún un horizonte emancipador que mira a un futuro de justicia social.

## **Lo que perdimos en el fuego: el ensayo entre las formas de la herencia y la revolución**

### **I**

Este apartado se introduce con un título que se enuncia en primera persona del plural, y con un tono intencionalmente nostálgico o melancólico. Quien escribe se siente parte de un *nosotros* y alude a un *duelo* de una cosa, un sueño tal vez. Apunta también a un lugar común, del que se han escrito estanterías de libros de teoría, de literatura, obras teatrales, canciones, se han filmado documentales y películas, como es el lamento frente a la revolución que no fue, la que fracasó o la que se agotó.

Escribir sobre este pasado a través de voces singulares, como la de González, produce la sensación de ser una intrusa, ladrona de palabras, de relatos y de historias de las que no fui siquiera contemporánea. Lo cual es en parte ridículo, ya que siempre escribimos sobre el pasado cuando reflexionamos sobre la teoría, la filosofía o la escritura de otros y otras. En este sentido, el salto de exterioridad es naturalmente inevitable, aceptado y cotidiano para quienes llevamos a cabo escrituras “científicas”, académicas, o trabajos de posgrados, etc. Si insisto sobre esta incomodidad con la distancia, se debe a la intención de tornar aún más visible un cambio de época que arrasó con una idea de la política que la lanzaba al futuro y con una promesa emancipadora, entre muchas otras consideraciones que surgen del ideario revolucionario jacobino y marxista. Volveremos sobre esta noción que está atiborrada de sentidos, de historia, de teorías, de prácticas y de nostalgia, pero lo haremos desde la total ausencia de sistematicidad. Esto, despojándonos del

imperativo de rigurosidad para volcarnos hacia adentro, un adentro en el que estamos acompañadas. Ese es el gesto propio del ensayo como género de las ciencias sociales. María Pía López y Guillermo Korn (2021), al introducir la selección de escritos de González bajo el título de *La palabra encarnada*, defienden el ensayo como el género que adquiere validez hablando en primer lugar de sí mismo, lo cual provoca que se lo acuse de una actitud autista por contraposición a la prescripción de que el conocimiento supone un “lanzarse al exterior”. Por el contrario, en el ensayo es precisamente “donde lo que predomina es la actitud de volcarse hacia adentro: no escribir sobre ningún problema, si ese escribir no se constituye también en problema” (2021: 39).

Horacio González hizo del ensayo la marca de su pluma. Dejó una huella en la tradición argentina de la literatura, de la ensayística y de la filosofía. Fue, en los términos de López y Korn, una figura clave de la “conversación pública argentina”. Qué modo tan precioso de nominar las tramas del debate intelectual, político y social: no es la *agenda* pública, es la *conversación*. A su vez, el ensayo gonzaliano es esquivo a las clasificaciones académicas, atentas a formar prolijas quintas por disciplina. Por el contrario, “persevera en el arrojo”, hace de la escritura una instancia del método y no un momento de comunicación porque, justamente, “el pensamiento se juega en esa materialidad” (2021: 13). Y el método, siguiendo la pluma de López y Korn, es también el cruce entre política y crítica como ejercicio propio de la función intelectual, en tanto:

Sus escritos no se pueden disociar de una doble cuestión: la de la justicia, lo que los vuelve siempre textos políticos, porque se dirigen a la comprensión de lo común; y la de la razón poética, porque esa justicia no se roza sin atención por la sonoridad y el ritmo del lenguaje. [...] Se trata de leer con justicia porque no exime a los textos de la pregunta por su compromiso con una sociedad emancipada (2021: 39).

En la práctica teórica, que hace del ensayo como *arrojo* un ejercicio de puesta en valor de cada palabra, en el que la misma adquiere toda la materialidad del gesto crítico y comprometido, como si en cada una de esas palabras y definiciones se jugase algo del orden de la vida o la muerte, la revolución logró sortear el camino melancólico y sepulcral al que había sido condenada para ser

resignificada por esta vía del ensayo y el archivo. Acerca de este período del ensayo argentino, Alberto Giordano (2016) denomina como “discurso sobre el ensayo” al acontecimiento crítico que inquieta e interroga, desde mediados de la década de 1980, las formas dominantes de practicar la investigación, la práctica académica e intelectual en general, así como en las carreras de humanidades y ciencias sociales de las universidades argentinas. El *ethos* del discurso sobre el ensayo, del que participa González, da cuenta de un estilo de vida académica comprometida con la crítica, al tiempo que es inconforme y disidente, y que se propone desbordar las clausuras disciplinarias.

En el discurso sobre el ensayo, sugiere Giordano, se articulan el elogio y la polémica a partir de un diagnóstico que observa la crisis, el decaimiento o la decadencia de la tradición ensayística nacional desde mediados de los años sesenta. Un período cuando la teoría, concebida como la práctica que es capaz de explicar el sentido de todas las prácticas, impuso el mandato de la especificidad, la demostración científica y la especialización como condiciones del conocimiento verdadero en las ciencias sociales, como es el caso de la ciencia política de la que hablamos en el apartado anterior.

Lejos de la actitud intelectual que se sumerge en su objeto de estudio con el mapa previamente trazado para arribar a las conclusiones preconcebidas, la actitud del ensayista es la de quien se adentra en el terreno de lo desconocido y se deja sorprender por escritos, o fragmentos que lo relanzan en una trama diferente, y es por estos confines en que el pensamiento crítico ofrece resistencia a la arremetida homogeneizadora y la lógica de la constatación. En pocas palabras, concluimos junto a Giordano que “el discurso sobre el ensayo es el modo en que se ejerce la *crítica de la crítica*, si se la piensa como un movimiento de impugnación reflexivo, que confronta las búsquedas de saber con sus intereses, sus posibilidades y sus límites” (2016: 186).

La comunidad de pensamiento que se conformó en la década de 1980, entre quienes resistieron el impulso de especialización y de compromiso disciplinar a favor del ejercicio crítico ensayístico, se destaca por algunos nombres propios como los de Horacio González, Nicolás Casullo, Ricardo Foster, Eduardo Grüner, Oscar Landi, Beatriz Sarlo, entre otros/as. Asimismo como por la publicación de revistas icónicas como *El Ojo Mocho*, *Confines*, *Espacios*, *Sitio*, *Babel*, *Paradoxa*,

*Conjetural*, entre otras. Entre las conversaciones que se entablaron a lo largo de estas décadas, desde el retorno democrático, hay una en la que nos vamos a detener porque remite al problema con el que introducimos este apartado, que es el de la *revolución* y la *herencia*.

## II

En un tono inevitablemente nostálgico, reconocemos que los años sesenta, a pesar de la superposición de capas de sentido que se solapan en la misma, *pasaron*. El término que utilizamos para referir al fin de una era no es inocente, sino que remite a la idea de la revolución pensada como pasado. Este es el gran tema que trabaja Nicolás Casullo en su ensayo *La revolución como pasado* (2007), donde no sólo da sepultura en el cementerio de la historia y de los imaginarios modernos a la “emblemática revolución socialista o comunista”, sino que advierte el carácter no pensable de la misma bajo las condiciones presentes, y por eso se pregunta “qué quedó de esa revolución que concluiría con una historia injusta a partir de una sociedad futura” (p. 12). Cuando aún la revolución estaba por venir, el presente era “preñado” desde el futuro, como un paraje imaginario que contenía la respuesta. Casullo señala el silencio de la tradición respecto a la realidad histórica concreta (caída de los comunismos con centro en el Kremlin), pero también remite a la teoría y a la literatura, que por años colmaron bibliotecas y formaron a millones de personas. Frente a esta posición, que mira con nostalgia ese pasado otrora percibido como “preñado” de futuro revolucionario, González (2021a [1987]) prefiere pensar la revolución como “lo que queda” como *resto*, porque, desde su perspectiva, la revolución siempre está inconclusa y siempre se está despidiendo:

Preguntarse “qué queda de la revolución” lleva a la nostalgia, a la denuncia de un “desvío” o al anuncio de una “fidelidad” sempiterna. Si la revolución, en cambio, es “lo que queda”, evitamos ser pensionistas de lo que no fue y guardianes de lo que será. Y lo que queda, sin tener por detrás un arquetipo, es siempre múltiple, abierto, inesperado, ilegal, irregular, implanificado, imprevisible, irresuelto. Impensable (p. 338).

González encuentra en esa anécdota, en que la comunera Louis Michel, en su exilio, le entrega un trozo de su pañuelo rojo a un rebelde canaco, una intuición emancipadora, un sustraerse de la posición melancólica y de un ajuste de cuentas. *Lo que queda* de la revolución, lo que el tiempo aún conserva para las generaciones venideras, es *resto* y es *don*. Herencia que no demandamos y nos es dada, pero sin forma prefigurada. La recibimos y queda latente el hacer algo con eso, no bajo la lógica del imperativo, ni del mandato del intercambio, sino la del *don*, como describen María Pía López y Guillermo Korn (2021). Recibimos lo que *resta*, no para redimir a nuestros héroes o nuestros mártires, tampoco para completar una tarea presuntamente inconclusa ni para proteger la historia de los vendrá. Alojamos esos restos bajo la premisa de su irresolución y su carácter inherentemente impensable.

### **Una época leyendo otra: los tiempos de la historia y el tiempo presente**

En esta conversación infinita en la que Horacio se comprometió, la reconstrucción de algunos de sus intercambios o su palabra dirigida a interlocutores privilegiados, se nos presenta como una aproximación al modo singular en que González pensó la historia y su presente leyendo la historia reciente. Nuevamente, en *El peronismo fuera de las fuentes* (2008) se ubica en un contexto democrático, habiendo transcurrido un cuarto de siglo desde la salida de la última dictadura cívico-militar. González se situaba en la democracia como concepto para pensar el pasado reciente desde el presente. Como veremos, esta afirmación que escribimos al modo de una sentencia indiscutible, del orden de la constatación, resulta injustamente simplificadora del ejercicio de medida y conservación de las múltiples capas que se solapan en todo momento histórico y, como no puede ser de otro modo, en las definiciones y conceptos que conforman y son configurados en una época dada. Pero lo cierto es que los veinticinco años que preceden este escrito gonzaliano, como introdujimos en el primer apartado, es el de la democracia, y también el de la pregunta por lo que la revolución nos legó.

Hoy, cuatro décadas transcurridas desde el retorno a la democracia, en un contexto de consolidación de la extrema derecha en sus múltiples y disímiles caras,

en la que se radicalizan modos de la política autoritaria, fascista y reaccionaria. Una extrema derecha que nos golpeó de frente en un intento de magnicidio sin precedentes en la historia argentina, dirigido a la vicepresidenta Cristina Fernández. Escenario en el que seguir hablando de consenso democrático se vuelve cada vez más incómodo. Ahora, en este momento *liminal* –retomando los términos de Álvaro García Linera, ex vicepresidente de Bolivia– al que asistimos, la ausencia de la voz de Horacio González se extraña especialmente y se nos impone como tarea crítica la de abrazar la historia reciente. No con la intención de defenderla ni concluirla, sino un pasado que nos convoca porque pensar nuestra época presente es, y este es un legado de Horacio, pensar lo que no resolvió la época anterior.

Herederas y herederos como somos de una época que confinó a sus márgenes la reflexión teórica y política de la revolución, que abrazó un pacto democrático como premisa y horizonte, que marginó, también, el carácter sesgado en que se definió la democracia, y miró para otro lado ante cada una de las formas de violencia legal e ilegal ejercida por las fuerzas de seguridad. Esto, tal vez, sea un indicio que debemos interrogar y rastrear a la luz de los hechos presentes. Entonces, los matices que con justicia debemos concebir para pensar nuestro presente y nuestra historia reciente, adquieren el formato de un imperativo categórico para inscribirnos hoy en un ejercicio efectivamente crítico, sin el cual corremos el riesgo de ser constantemente asaltadas por la sorpresa de la irrupción rabiosa del odio sin que podamos hacer con eso algo diferente.

Acerca del problema de cómo pensar una época, en su intervención en el *Congreso Nacional de Filosofía y Ciencias Sociales*, que tuvo lugar en noviembre de 1986 en la comuna del Puerto General San Martín (provincia de Santa Fe), González ofreció con ironía una teoría para responder la alocución de Oscar Terán y su definición sobre la década de 1960. Esa presentación, que González cuenta que escribió durante la noche anterior y repartió entre el público en reproducción de papel carbón, contiene una serie de tematizaciones de lo más interesante sobre la política, los sujetos políticos y sobre la historia. La lógica del pretexto supone que las cosas pueden salir diferentes de lo que quisimos, supusimos o anunciamos: “se quiso tal cosa, salió tal otra, se quiso una Revolución de Mayo sin fusilamientos, hubo fusilamientos, se quiso una década del ‘60 sin muertos, hubo muchas

muertes, etc. Los hombres hacen la historia pero no las condiciones de esa historia” (González, 1987: 167). Esta lógica, que también llama “una ética del pretexto”, es una lógica donde la consciencia tiene diversos planos, voluntarios o involuntarios, siendo una teoría de la acción política con diferentes capas. Allí, González recurre al ejemplo del intento alfonsinista de trasladar la capital nacional a Viedma, donde lo define como una “apuesta irresponsable”, una “corazonada” del presidente, y lo relaciona con su propia historia sesentista. Registro irresponsable de la década de los sesenta –“decisionismo cesarístico”–, los que piensan en la revelación del sujeto democrático no están de acuerdo. “Viedma significa la elección de un lugar diferente. Un capricho”, contra esa apuesta atrevida se sitúa el sujeto de la revelación que pregona Oscar Terán en la lectura de González. Terán aparece como quien busca des-hechizar la política y redimir la historia. Dice Horacio: “quiere interpretar los años ’60 como un poeta trágico”.

Oscar, que personifica una posición intelectual y política, pretende una contra-historia o una historia contra-fáctica, en la que pueda dar nuevos nombres a los existentes. Nombra todo de nuevo “matando los símbolos”, dice González, y “quien guillotina símbolos” lo que quiere es una revelación, “un sujeto revelado de la nueva época”. El sujeto del pacto democrático que desprecia las cortinas de humo, los malosentendidos y las acciones que no resultaron como se las concibió. En esas pocas páginas, que tienen la forma de un manifiesto contra Terán, González transmite mucho más que una lectura de los sesenta, de la guerrilla y de la revolución que no fue. Procura un pensamiento “de muchas napas, de muchos planos, con muchos pretextos internos” (1987: 181). Es la lógica del pretexto y del malentendido, a sus ojos, la que permite “usar bien la tradición” e inscribirse en una fundación pero no contra el pasado como uno que oprime, sino contra el pasado como inspiración para el actuar, al igual que la tradición.

¿Quién soy en aquellos años que protagonicé en el peronismo para pensar hoy contra la tradición, no por el gambito cómodo de seguir siendo eso con una vuelta de tuerca pues no soy un destornillador de la historia, sino para pensar primero en esa complejidad de la Argentina hoy? La teoría incoherente me responde que hay varias napas de acción, hay montaje de pretextos, y es necesario que reconozcamos la complejidad de esta vida política, esas cortinas de humo, opacidades bien entendidas, para que sepamos sobre la historia. Para que entendamos lo que

hacemos sin saberlo, según aquella frase clásica. Lo que hacemos sin saber que lo hacemos, eso es una idea muy linda (1987: 182).

La política entendida desde el malentendido, la historia como el conjunto de condiciones en la que actuamos sin conocer enteramente sus causas, la tradición a partir de la que podemos pensar nuestro presente con el pretexto creativo. Lejos de arrinconarnos a la oscuridad desarmada y solitaria, en su propia interpelación de sí, González defiende un pensamiento que no se ahorre esfuerzos, que no tome atajos, sino que se deslice por entrecruzamientos y préstamos. Un pensamiento “a través del collage y del salvajismo” (1987: 178), el único posible para salir del atolladero de su presente, el de la Argentina democrática y nacional-popular.

La medida de la historia la encontramos también en la respuesta que González hiciera a la famosa carta de Oscar del Barco sobre los fusilamientos que realizó el Ejército Guerrillero del Pueblo en 1963 a dos jóvenes militantes:

Este ejército diezmado por el hambre y que no tomó ningún contacto con las fuerzas que se aprestaban a combatirlo, produce su único evento armado fusilando por hechos de indisciplina a dos de sus militantes. Del Barco recuerda estos hechos cuatro décadas después, no para condenarlos, sino para escribir una carta sacrificial, y de algún modo, ponerlos como *Hechos* de un libro teologal. La carta, dice Del Barco, *son solo los motivos por los que fue escrita*. Se trata entonces de escribir para esclarecer su conciencia, en un movimiento de autoexamen y refundación de la crítica, poniéndose en un ámbito deliberadamente incómodo y *sui-referencial*. Al situarse en el ámbito de la sacralidad le retira fuerza al juicio histórico sobre los represores, que es el único que funda un a priori de comprensión y empatía hacia los militantes armados e insurgentes de la época (González, 2007 [2006]: 390-391).

La carta es problemática, porque Del Barco tenía efectivamente razones éticas para escribirla, y, al mismo tiempo, es una carta necesaria. Un manifiesto confesional de tintes filosóficos levinasianos. El problema es que es una carta “necesaria pero imposible”. Si nos internamos en una reflexión que se oriente por el lado de su necesidad, González se pregunta: “¿es posible matar a un hombre invocando una verdad que sea superior al significado atribuible a su condición de

existente, o a su condición fáctica (o primera) de prójimo?”, y la respuesta de la *historia* sería: “no vale la pena este desgarrón ético de las conciencias que ellas solo tienen en razón de manifestarse según ciertos restos mal curados de la divinización de la existencia” (2007 [2006]: 385). A su vez, Horacio reconoce que es fácil coincidir filosóficamente con Del Barco, recurrir a Levinas y situar un ideal del yo ético, pero la política no es así. Del Barco puede escribir esa carta al precio de anular su politicidad, de olvidar las mediaciones que existen entre las abstracciones teóricas e ideales y la realidad.

La carta es tautológica: necesaria pero imposible, posible pero absuelta de consecuencias. Es una revelación personal, lo que se escribe para esclarecer un sí mismo. De este modo, aquí nada resalta en dirección hacia un aval de lo que en la Argentina se condenó fehacientemente bajo el nombre de doctrina de los dos demonios, que igualaba todas las violencias desiguales y sus métodos tan contrastantes. ¿Pero puede haber un escrito sin efectos? Como sea, la Carta fue leída por sus efectos. Y la Historia es el reino de los efectos entrelazados, que en cierto momento de su andar no se reconocen como tales, para pasar a conjugarse como causas o determinaciones (González, 2007 [2006]: 393).

Entre esos efectos derivó al juicio político, abonó a la teoría de los dos demonios, aunque no era lo deseado por el propio Del Barco, ni siquiera lo que una lectura atenta a los múltiples niveles que contenía esa carta hubiese concluido. Pero, de esos malos entendidos, de las derivaciones y efectos no queridos, se compone la historia y toda época. Por eso, González insiste en que la conciencia histórica, si es que existe, no puede equiparar un hecho con otro, no puede equiparar los fusilamientos con un asesinato, ni un asesinato con el terrorismo sistemático en manos del Estado. En un párrafo que merece su literal reposición, González define la política en la práctica y el gesto de diferenciar, de asumir un puesto entre los muy diversos planos del *jardín de los senderos históricos que se bifurcan*:

Si la historia está por medio, enseguida se dirá que no es lo mismo el joven que ávido de transformaciones sociales pone en su camino militante una hipótesis de insurrección armada o de uso de elementos de guerra, que los aparatos de

represión educados y ajustados para una tarea destructiva, que siempre que se siente verdaderamente amenazado confía su suerte a grupos especializados para actuar fuera de la ley, en una clandestinidad propicia a la siega sanguinaria de personas en las penumbras del propio Estado. Y en efecto, no es lo mismo. Y esa tilde de desigualdad, de desequilibrio que tienen ambos platillos, debe explicarse. Quizás la política en su estado bruto es la constitución lúcida de esa diferencia real (González, 2007 [2006]: 400-401).

La historia como el barro en el que actuamos, materia barrosa que nos impide conocer todas las causas de nuestros actos, pero de la que somos responsables cuando pensamos, cuando pensamos nuestra época “preñada” de lo que el pasado no resolvió y del futuro que alumbra. El intelectual militante que fue González fue poseedor de la palabra justa de su tiempo, y hoy, que ya no está para atizar el fuego que nos acuerpa y nos participa de la conversación pública, decir algo concluyente sobre su legado es imposible, pero necesario. En ocasión del fallecimiento de Oscar Landi, Horacio (2021b [2003]) escribió que la última palabra no es posible decirla sobre nadie, porque cada vez que lo intentamos estamos reparando la última palabra ajena sobre nosotros. Y allí también advierte que están las ceremonias y los aniversarios, luego, las capas infinitas e imperceptibles de tiempo que va susurrando el olvido. Así nos encontramos hablando de él, y así, también, nos encontramos robando palabras que otros dijeron antes que nosotras y nosotros para seguir hablando en el idioma de la crítica y de la política, bajo la esperanza de una transformación revolucionaria y emancipadora.

## Bibliografía

Casullo, N. (2007). La revolución como pasado. En: *Las cuestiones*, pp. 11-124. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Giordano, A. (2016). El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde mediados de los '80. *425° F*, núm. 14, pp. 175-191. Universitat de Barcelona. <https://raco.cat/index.php/452F/article/view/305154>



González, H. (2022). *El idioma de la crítica*. Brasil: Fundación Darcy Ribeiro. Buenos Aires: Tucán Ediciones.

González, H. (2021a [1987]). La mitad de un echarpe o un canto inconcluso. En: *La palabra encarnada. Ensayo, política y nación. Textos reunidos de Horacio González (1985-2019)*, pp. 337-340. Buenos Aires: CLACSO. <https://www.clacso.org/la-palabra-encarnada-ensayo-politica-y-nacion-2/>

González, H. (2021b [2003]). Silueta de Oscar Landi. En: *La palabra encarnada. Ensayo, política y nación. Textos reunidos de Horacio González (1985-2019)*, pp. 337-340. Buenos Aires: CLACSO. <https://www.clacso.org/la-palabra-encarnada-ensayo-politica-y-nacion-2/>

González, H. (2008). *El peronismo fuera de las fuentes*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. <https://www.bn.gov.ar/micrositios/libros/ensayo-ciencia-humanidades/el-peronismo-fuera-de-las-fuentes>

González, H. (2007 [2006]). La carta de Del Barbo. En: VV.AA. (2007), *No matar: sobre la responsabilidad*. Córdoba: Del Cíclope Ediciones, La Intemperie, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.

González, H. (1987). *Los días de la Comuna. Filosofando a orillas del río*. Buenos Aires: Punto Sur.

López, M. P. y Korn, G. (2021). Oficio y perseverancia: el ensayo como método. Estudio preliminar. En: González, H. (2021), *La palabra encarnada. Ensayo, política y nación. Textos reunidos de Horacio González (1985-2019)*, pp. 13-39. Buenos Aires: CLACSO. <https://www.clacso.org/la-palabra-encarnada-ensayo-politica-y-nacion-2/>

Rinesi, E. (2022). Estudio preliminar. En: González, H. (2022), *El idioma de la crítica*. Brasil: Fundación Darcy Ribeiro. Buenos Aires: Tucán Ediciones.

## Sobre la autora

LUCÍA VINUESA es Doctora en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Rosario (Argentina), Doctora en Filosofía por la Université Paris Est (Francia), y Especialista en Filosofía Política por la Universidad Nacional General Sarmiento (Argentina). Se desempeña como docente de *Teoría Política III* en la Facultad de



Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. Dentro de la misma universidad, es investigadora del Centro de Estudios en Teoría Política y Social, integra la Cátedra Libre Baruch Spinoza, es asesora técnica del Observatorio Político Electoral, y auxiliar de investigación en la cátedra de *Problemática Política* de la Facultad de Humanidades y Artes.